

Javier Cárdenas y el aporte peruano a la literatura boliviana

Los activistas

Javier Cárdenas Medina

Al tomar asiento en el banco de la plaza. Ernesto aún recordaba cuando Juan Carlos ayer le conversaba entusiastamente:

-La cosa es en grande y deseo que participes. necesitamos gente como vos. Les unía una antigua amistad de familia y además eran vecinos, crecieron juntos, de "lok'allas", hicieron más de un travesura.

Eran pues, casi como dos hermanos. Una ráfaga de viento helado le hizo levantarse súbitamente y frotarse las gélidas mejillas que apenas sentía. A lo lejos un agudo silbido le anunciaba que "Juanco" acudía a la cita, y se renovó en su interior la curiosidad de saber de que quería hablarle.

-Ché Ernesto, espero no haberme tardado, me alegra que hayas venido.

-Un poco más y me mata este maldito frío.

Juan Carlos sonrió, y al hacerlo despidió un hálito de vapor que se perdió en el espacio.

-Anda, mejor nos vamos al café de la Universidad y así charlamos bienito.

Asu paso, un raquítico arbolito se deshacía en piruetas para mantener su posición ante la frenética arremetida del viento, y un remolino de hojas dispersas y basura, ponían en fuga a un can que no entendía que sucedía.

Al ingresar a la Universidad, vieron dificultado su acceso a la cafetería por un enjambre de alumnos que pugnaban por averiguar los resultados de los exámenes, que se mostraban en la vitrina tras el empañado vidrio.

Finalmente, lograron pasar, y se fueron a sentar en una solitaria mesa.

-Saber Ernesto, ahora soy activista en mi partido y me gustaría muchísimo que estés a nuestro lado. ¿Qué me dices?

-Pero ché, tu bien saber que no entiendo nada de política. Es otro idioma para mí, Hum... sin embargo, por nuestra amistad y otro tanto de curiosidad, cuenta conmigo.

Juan Carlos le palmoteó la espalda y sonrió. Ordenó dos cafés que no tardaron en beber copiosamente. Las sombras de la noche comenzaron a adueñarse de todos los rincones y resquicios.

Desde algunas semanas atrás la vetusta casona había perdido su típica tranquilidad. Hombres y mujeres que iban y venían. Un gran cartel con la multicolor fotografía de su revolucionario jefe, y su acompañante a la vicepresidencia, sonreía a los pacíficos transeúntes, quienes luego de leer las eternas promesas de ser la única solución para el país, reanudaban su presuroso andar deslizándose entre labios fuertes adjetivos. El local partidario adquiría mayor movimiento de personas. Juan Carlos entro primero. Su presencia provocó que una robusta figura se le acercara con unos papeles en las manos.

Rostros tensos, manos agitadas pasados unos minutos volvió su mirada a Ernesto y le dijo:

-Vení Ernestito. Puede entrar.

Con paso decidido estuvieron en medio de la gran sala.

Ernesto trataba de contar la cantidad de escritorios y sillas que se ofrecían a su alrededor. Montañas de papeles, afiches de propaganda desgastada, ruidosas máquinas de escribir y sudorosos activistas completaban el "cuadro".

-Buen día señor Martínez, aquí le presento a Ernesto Núñez. Es el muchacho del que le hablé. Tiene deseos de trabajar con nosotros.

La veterana mirada, centró su atención en Ernesto, quien no rehuyó el desafío.

-Bien, entonces que forme parte de la bridada universitaria. El señor López les indicará lo que deben hacer.

Y retornó a la posición inicial en que lo encontraron.

Pronto se vieron provistos de indicaciones escritas, y de que mañana tenían que viajar en labor proselitista a varios distritos mineros.

Ernesto, sentí que por dentro de él comenzaba a bullir el entusiasmo.

Según le dijeron, la labor sería sencilla. Explicarían el plan de mejoras que haría el nuevo gobierno si le concedí el voto. También sería brillante oportunidad para hablar en contra de todos los errores del actual gobierno, y de los otros candidatos a la presidencia.

Sucedió tal como se lo había imaginado. Todo fue demasiado fácil, los mineros se comportaron a las mil maravillas y hasta tuvieron una pequeña "fiesta" que duró hasta las primeras horas de la madrugada. Tenían asegurado a su entender los votos en aquellos distritos.

Y llegó el día en que el líder de su partido visitaría la ciudad. Esta se encontraba cerca de la sede de gobierno y era el centro de comunicación terrestre y ferroviaria del país. El fervor político estaba en su punto más alto.

-¡Ernesto, vamos a recibir al futuro presidente!

-¡Claro, no nos gana nadie. Luchito ya está con su taxi perifoneando por toda la ciudad. Y parece una cosa de locos, ya que también lo hacen los demás partidos.

-Juan Carlos, tomá. Estos son los tickets que tienes que repartir a los secretarios generales, para que luego de la concentración se den un tiempo y vayan al local del partido. Habrá azúcar, y con suerte pancito, que tanto escasea hoy en día.

Ernesto al escuchar, se acercó a su amigo.

-Juanco, ¿Hay necesidad de hacerlo? Si somos mayoría, bueno, esto nos dicen todos. Imaginate lo que dirían nuestros adversarios si se enterasen.

Su amigo le dirigió una mirada fraternal.

-Ernestito, esto lo hacen tirios y troyanos. ¿Qué no te das cuenta? En las elecciones todo recurso es válido.

Y se alejó presuroso, temiendo encontrar la dubitante mirada que le seguía los pasos.

La concentración fue multitudinaria. Decenas de vehículos llevando personas portando banderas y bandas de músicos, se dirigían a la plaza de la ciudad, donde el candidato a presidente, hablaría desde lo alto de un edificio público, el lugar rebosaba de gente, que daba vivas a la patria y a su líder.

No faltó una pequeña refriega con grupos adversarios que se atrevieron a pisar la entrada del caudillo.

-Ya está aquí Juan Carlos ¡llegó nuestro futuro presidente!

El discurso fue largo y enérgico. Continuos aplausos lo interrumpían.

Un borracho cayó al suelo y dos activistas lo alejaron del lugar. Los últimos rayos de sol abandonaron la plaza, y con él también el gentío. Las Bandas de música dejaban escapar tristes melodías altiplánicas. Por la noche se vio la ciudad invadida por mineros y campesinos, quienes discutiendo acaloradamente en las esquinas, hacían cerrar las

Javier Cárdenas Medina (1956). Narrador y poeta peruano que hace algo más de una década, ha fijado su residencia en Oruro, dedica su vida a la familia por él fundada en compañía de nuestra poeta Marlene Durán, al honesto trabajo del comercio del libro y a la fructífera entrega a la producción literaria.

Su obra se halla publicada -a través del tiempo- en los diarios: Expreso de Lima, Correo de Arequipa, Presencia de La Paz, LA PATRIA y "El Duende" de Oruro.

Participó junto a escritores, músicos y pintores del Ecuador, Perú y Bolivia, en varias versiones del Encuentro: IMAPI-MUSPO (Imagen-Pintura-Música-Poesía).

Tiene inédita su obra: "Antología de Cuentos" y, en preparación, junto a Marlene Durán, otra en prosa y verso dedicada generosamente a la ternura familiar como universo de los niños.

Lo singular en Javier Cárdenas, es que insospechadamente, sigue la significativa presencia de valores intelectuales peruanos en el desarrollo cultural boliviano en épocas y circunstancias diferentes. Así, entre los años 1917-1928 Federico More vive en La Paz, formando parte de la Redacción de "El Fígaro". Allí publica sus libros: "Gregorio Reynolds y Leónidas Yerovi y "El Chaco Boreal es Boliviano", este, en colaboración con Walter Dalence. dirigió por una temporada "El Fígaro" e hizo "el milagro de unir las mentalidades jóvenes de Bolivia y el Perú, realizando así una labor eminentemente americanista".

Coincidente en el tiempo, otro peruano, Arturo Peralta que popularizó su seudónimo de Gamaliel Churata, en 1918 junto a Carlos Medinaceli y otros intelectuales bolivianos de la llamada "Generación del XVIII; funda el grupo vanguardista "Gesta Bárbara", más tarde, publica su libro "El Paz de Oro", una tesis de Teogonía y Cosmogonía andinas.

En el último tercio de los años 30; también exiliado del Perú, incursiona en el ámbito literario boliviano Luis García Núñez, poeta de gran sensibilidad, empieza como profesor de lenguaje en la Escuela Normal de Vitichi (Potosí) y escribe la letra del Himno de las Escuelas Rurales de Bolivia: "Di tu canción de lucha juventud / bella promesa de liberación, / hay corazones en la esclavitud/ la redención es el noble ideal...". Forma parte de un grupo de jóvenes poetas en la ciudad minera y sigue rumbo a la Argentina donde en 1942 publica su libro "Cielo Perdido" con poemas escritos en Bolivia. Al respecto, -dice Hugo Molina- "Nos dejó como un legajo de amor y ternura su Cielo Perdido, escrito con el ala de un ángel por su amor a los niños".

Como un eslabón más en esta cadena, Javier Cárdenas Medina, ama y crea en Oruro, como miembro fundador de la Unión Nacional de Poetas y Escritores.



ventanas a las tímidas damas del lugar.

-Caray, Pedro mira nomás. No puede ser, estito es muy poco. ¡Ah!

-Y para todo lo que hemos gritado. No no compensa puis.

DIA DE LAS ELECCIONES.-

Con las primeras luces del día de aquel domingo, las empedradas calles de la ciudad, sufrieron el paso raudo de los vehículos del Jurado Electoral, de jeeps repletos de activistas quienes eran distribuidos en las diferentes mesas electorales.

-Colocáte este brazalete Ernestito, con ello sabrán que somos delegados de partido.

-Hemos tenido suerte de que en el sorteo, nos tocase en el centro de la ciudad.

Ya son las ocho de la mañana.

Los electores iban llegando uno a uno. Juan Carlos conversaba animadamente con los miembros de mesa. Estos lucían un tanto nerviosos. En una ánfora faltaba el candado, alguien alza la voz, otros piden silencio.

-Oiga joven ¿Podría usted indicarme?

-Si señora, respondió el activista; usted tiene que marcar aquí. Y señalaba el espacio correspondiente a su agrupación política.

Ernesto se vio impotente al adelantarsele su compañero de proselitismo. Se le hizo un nudo en la garganta.

-Ya son las doce ¡tenemos que ir a cocinar!

-Un momentito por favor, faltan algunos detalles.

El local escolar quedó reducido por la cantidad de electores. Impaciencia, sudor, imprecaciones.

Finalmente, cual procesión, la columna de ciudadanos inició su desfile.

-Ernesto, acércate disimuladamente e indícales que voten por....

-Pero Juan Carlos, con tanta propaganda que hicimos por radio y televisión les será fácil identificarnos. Solamente debemos esperar el triunfo.

Los electores salían de la cámara secreta. Todos preocupados al ver la tinta en sus dedos, miran a los demás. El voto es secreto, solo ellos saben por quien lo hicieron. Se alejan rápidamente. Las radioemisoras locales empiezan a emitir los resultados parciales de las mesas.

Hay confusión. Llega la noche. Los dos amigos, en el centro de cómputo que provisionalmente instaló el partido. Se miran. Bostezos. "Hemos perdido".

Ernesto se dirige a su escritorio. Cae pesadamente. Quisiera retroceder el tiempo y estar allí, en el umbral de la puerta, tratando de contar la cantidad de escritorios, montañas de papel, afiches de propaganda....